# DELFINA GONZÁLEZ Y LA HUELGA DE LAS COCINAS APAGADAS

DANA HART * MANUEL LAGOS MIERES * JENIFFER ILUSTRA

## Delfina González, en la Huelga de las Cocinas Apagadas

Por Dana Hart[1]

Delfina: - Gracias Manuel por venir a verme, considero que es una historia importante de contar. Por alguna razón -que cada día parece más intencional-, no hay una horda de personas tratando de averiguar lo que pasó.

Manuel: - ¿Y qué pasó?

Delfina: - Nos cansamos. Aguantamos mucho tiempo. Más de lo que cualquier ser humano debería tener que aguantar. Me va a creer que todo empezó por un poroto. Si, por un poroto. Bueno, varios porotos, con gorgojos. Alguien trató de hacer un chiste, lo recuerdo como si hubiese sido ayer, preguntó a quién se le habían caído los piojos arriba del plato. Pero ¡bai! nadie se rio. Eran unos tremendos gorgojos. Asquerosos. Esa fue la gota que rebalsó el vaso, como se dice. O el gorgojo que rebalsó el plato. Ahí fue que, inmediatamente, alguien se paró, no recuerdo quién fue, y echó agua al fuego, que empezó a tirar vapor de humo, vapor, hasta que se

[1] www.danahartescritora.com

apagó completamente. La cocina se apagó y nosotras nos prendimos.

En seguida yo me paré y tomé la iniciativa. No iba a ser cosa de que me quedara atrás. No. No. Empecé a echar agua por todas partes y a patear por aquí y por allá. Éramos varias en la misma. Pasaron cinco minutos y ya no quedaba una sola lata parada. Embaladas todas, pateábamos los tarros, que se colocaban con tierra, para apoyar las planchas de lata que sostenían la borra y el ripio. Pateábamos todo al suelo. “No se cocina más”, se escuchaba que decían con vos de abuela. “Basta”.

¿Se imagina? La cocina es estratégica. Se ponen a buscarle el pelo al huevo y andan diciendo que la máquina tanto es más importante que la máquina tantito y resulta que acá estamos, la clave. O sino, ¿qué pasa cuando se van a trabajar sin desayunar los viejos? Queda la pura cagada. Nadie lo dice. Nadie lo ve. Pero las cocinas están al centro, ahí nos juntamos todas, en la tierra, meta picando. Y muy cerquita están las vías, donde más de una vez hemos tenido que echarnos, acostaditas, para evitar que pasen los trenes. Hacen un escándalo los conductores, de aquellos. Pero ninguno nos ha pasado por encima, por ahora. Es que a veces los viejos se achican y hay que estar metiendo fuerza, metiendo ruido, metiendo bulla. Tenemos las cocinas y las vías. Vendría faltando tomarse las minas no más, y

colocarlas al control de quienes estamos aquí, masticando harina contaminada.

Manuel: - ¿Puede recordar la presencia de otras mujeres en esos momentos de lucha?

Delfina: - La que siempre estaba era la Carmen. Serrano. Carmen Serrano. Siempre estaba. No tenía ningún problema de meterse abajo del tren si era necesario. Estaba completamente a disposición del movimiento. Mucho no se nos nombra, que la “compañerita” esto, que la “compañerita aquello”, como si fuéramos niñitas. Pero no somos nada niñitas pues. Estoy segura de que sin nosotras no hubiese habido nada. Nada de nada. Ni huelga, ni desayuno. ¿Sabe lo que es mandar a los viejos al trabajo sin comer? Es una bomba. Son capaces de explotar en cualquier momento, frente a cualquier patrón violador. Niéguele una carbonada a cualquiera de estos buenos trabajadores y le aseguro que correrá sangre. ¡Sangre! Hábleles de pebre y habrá revuelta. La cocina es una posición estratégica. No hace falta leer a Clausewitz para darse cuenta de ello. Pero lo niegan y lo ocultan. ¿Sabe por qué? Porque no les conviene que se sepan. Imagínese nada más si el mundo parara sus cocinas.

A otra que recuerdo es a María Ferrada, que siempre estaba. No retrocediamos por nada. ¿Y quién más era de esa época? Ah ya sé, si, la Orfelia andaba. Uh, aguerrida, aguerrida. Con muchas de ellas estuvimos

detenidas después, pasamos por procesos judiciales más o menos complicados, años. Ahí es donde la mayoría de nosotras empezó a sufrir daños a la salud. El suelo húmedo, las condiciones paupérrimas, van minando el cuerpo, nada que hacer. Ni qué hablar de las torturas, que empeoraban enormemente la situación. Pero nada nos tiraba para abajo. Seguíamos. Estábamos convencidas, hasta el último aliento. Teníamos un plan y sabíamos que nos necesitábamos para poder llevarlo acabo. Éramos una unidad indivisible. Eso es lo que más se necesita. Gente que no arranque cuando empiezan a avanzar hacia acá con un fusil en la mano.

Cuando la cosa se puso garrote y puro garrote, ahí empezamos a buscar otras formas de transmitir el mensaje, más sutiles, para que llegara la Idea, pero no nos llegaran tantos palos.

En un momento, me acuerdo que empecé a armar centros de estudios sociales o culturales, con canciones y sinfonías infinitas. Se hacían tipo tertulias, para mantener a la gente unida y consciente. Sino el viejo se despolitiza fácil. Igual el linotipo nunca pude dejarlo. Es una adicción que tengo, se podría decir. Lo he usado toda la vida para imprimir materiales que llamen al movimiento obrero a la agitación.

- ¿Y cuál fue el resultado de la huelga? ¿Lograron terminar con el problema de los gorgojos?

- Si, fuimos logrando muchas cosas. Fíjese que la cosa partió en Curanilahue, sino me equivoco era el año 1920, y fue gracias a la acción que tuvimos las mujeres, que logramos extender la lucha por toda la región minera, hacia Lota y Coronel. Quienes perpetuaban los abusos eran de la Compañía Carbonífera. Una guerra jurada. Una lucha de clases, abierta y descarada. Ahí en Coronel estuve casi tres semanas detenida, solamente por repartir unos panfletos en la plaza, qué injusticia más grande. Y entonces ¡oh! Me acusaron de piratería y sedición. Justo a mí. Pero cuando salimos fue hermoso, porque nos esperaba una multitud de obreros, mujeres, niños y niñas de todos los tamaños.

Fue tan emocionante, que cuando me acuerdo se me pone la piel de gallina. Nos pusimos a cantar “Hijos del Pueblo” con lágrimas en los ojos. También nos gustaba esa que se llama creo, “Canto a la pampa” y otros temas. No importaba cuánto nos clavaran el aguijón de la esclavitud, al final, terminábamos sacando la conclusión de que en la vida, <<*se pueden buscar caminos que permiten hacerla menos dura y más bella*>>.

# DELFINA GONZÁLEZ PARA COLOREAR

JENIFFER ILUSTRA

**La vida de Delfina González**

Por Manuel Lagos Mieres

Poco sabemos aún de esta interesante mujer obrera. Según Guillermo Pedreros, testigo de la gran huelga de 1920 y activo luchador obrero, Delfina habría sido llamada desde Santiago por el líder demócrata Juan Pradenas Muñoz poco tiempo después de que éste retornara de Buenos Aires, por el año 1917, con ánimos de comprar una imprenta e iniciar la publicación de un periódico defensor de las clases trabajadoras. Uno de sus primeros aliados en este proyecto fue el obrero calderero de los arsenales marítimos, Pedro Morgado (fallecido tempranamente en 1923), quien enseguida comparte las inquietudes del líder demócrata y juntos emprendieron la tarea de fundar el diario; para ello buscaron apoyo del PD y sociedades obreras comprando la imprescindible máquina de imprenta, llegando desde Santiago obreros gráficos dispuestos a trabajarla y apoyar la propaganda obrera. En este grupo venía nuestra Delfina González, quien se desempeñaba como linotipista, “parada junto a los chivaletes, urgando con sus frágiles manos las cajas de tipo fuera construyendo las frases o la composición en el metálico componedor, que iban a constituir las líneas en las páginas de Adelante, el recordado diario de los trabajadores de la provincia de Concepción”.

Pero esta mujer resultó ser de fuertes manos y mucho más inquieta que aquella simple operaria de imprenta, “por eso dedicó sus horas libres a ayudar a la siembra de la semilla que tan pronto ella misma ayudaría a fructificar, la unidad de los trabajadores, la organización de sus cuadros gremiales, la elevación de la capacidad de cultura a través de la creación de los centros de cultura y recreación artística”.

Así, comenzó a hacerse conocida en el mundo de la sociabilidad obrera local, convirtiéndose prontamente en una de las fundadoras del Centro de Estudios Sociales “Artes y Emancipación”, con sede en el local de la

sociedad de socorros mutuos Gran Unión Marítima de Talcahuano, comenzando desde esta trinchera una tarea cultural y propagandística junto a sus pares José Saravia, Francisco Ramírez, Corina Sepúlveda, Ernestina Pedreros, Orfelia Díaz y Natividad Bazán, entre otras.

Delfina sabía llegar a las almas obreras. No sólo sabía cantar y tocar guitarra, animando las fiestas, veladas y manifestaciones obreras, sino que además sabía internarse en las actividades cotidianas de las mujeres del pueblo, en los lavaderos, en los hornos, en las juntas femeninas, allí estaba Delfina. Al parecer había sido formada durante su adolescencia en Santiago, desde donde tenía claro cuáles eran los fundamentos de la lucha, manejaba cierto lenguaje, mejor quizás que cualquier agitador masculino. Y se expresaba en forma impresionante, como con imágenes, calando en el corazón de sus pares trabajadoras. Así comenzaría un largo trabajo en la región, ganándose la adhesión de las mujeres, el respeto de sus pares masculinos, allanando el terreno para un gran movimiento social.

Cuando los mineros de Curanilahue se manifestaron en huelga ante los abusos, despidos y malos tratos de la Compañía Carbonífera en enero de 1920, Delfina González y su círculo de mujeres comenzaron enseguida una campaña para extender el conflicto social a toda la región minera.

Había que hacer entender a los hombres que sus vidas eran mucho más que sólo internarse en las minas para recibir un mezquino salario, “tenemos que unirnos las mujeres para hacer que nuestros maridos se decidan a luchar por mejorar sus vidas y las nuestras, tenemos que convencerlos que tienen derechos, que como seres humanos merecen una jornada de trabajo más corta, que merecen mejores salarios y que no tienen porqué vivir amenazados por las persecuciones de la policía particular”.

Había que impulsar a los mineros al enfrentamiento con sus legendarios opresores.

“Y fue así como iniciaron la rebelión de las cocinas “si uds los hombres no adoptan una actitud de solidaridad con los compañeros de Curanilahue y Lirquén, mañana no bajará ni una charra de café a la mina”. Era la rebelión de las cocinas, impulsada desde el seno de los hogares mineros, adonde llegan todas las injusticias de una sociedad ideada para la explotación.

Cuando a mediados de enero de ese año un grupo de obreros retornaban a Coronel en tren desde Curanilahue, luego de una manifestación, y ante la insistencia de la policía de impedir que éstos se pudiesen bajar de la nave, fueron las mujeres lideradas por Delfina quienes se tendieron en las líneas férreas, “impidiendo la partida del tren hasta tanto no se permita desembarcar a los compañeros”.

Pasajes de la vida de esta luchadora se inmortalizaron en la novela de Diego Muñoz, “Carbón”, obra basada en la experiencia de las luchas mineras de los años 20’. En ella Delfina es descrita como una valiente líder obrera, que precisamente no duda en ocupar las vías del tren a manera de que éste detenga su marcha, impidiendo de esta forma la represión a los huelguistas.

La lucha minera se generalizó en la región, sumándose el 10 de marzo los mineros de Lota y Coronel.

Fue entonces cuando las figuras de Delfina González y Carmen Serrano emergieron como líderes naturales de las huestes obreras. Serrano había llegado no hacía mucho procedente de Santiago. Venía a reforzar la labor de sus pares en lucha. Delfina, era tremenda oradora, capaz de hacer vibrar de emoción y de entusiasmo a las masas proletarias.

En el marco de la Gran Huelga, Delfina fue designada como representante de la Junta Provincial de la FOCH de Concepción, junto a Luis A. Hernández y el líder ferroviario Juan Arévalo.

Ya en marzo de ese año, fue detenida junto a María Ferrada y Luis A. Hernández, acusada de “promover la subversión” al imprimir y repartir

proclamas revolucionarias; debió permanecer al menos tres semanas en la cárcel de Coronel; mientras que Serrano y otros compañeros fueron encarcelados poco después acusados por el Juez Laíz Verbal de "piratería y sedición" como ya vimos.

Cuando a comienzos de abril, Delfina González y María Ferrada salieron en libertad, en las afueras de la cárcel las esperaban una multitud emocionada de obreros junto a las mujeres, hijas e hijos. Según el relato del obrero Guillermo Pedreros, "la libertad de estas compañeras fue recibida con vibrantes manifestaciones de júbilo a la salida de la cárcel de Coronel".

"Diversas son las formas con que estos quieren demostrar su alegría al verlas de nuevo en libertad, emocionadas por esta actitud, las dos mujeres no pueden ocultar la batalla interior que libran para dar rienda suelta al llanto y es Delfina González la que erguida sobre su esmirriado físico empieza a cantar "Hijos del Pueblo", canción que ya han aprendido los mineros, mujeres, hijos, hijas y que corean todos.

*Hijos del pueblo…te oprimen cadenas…*

Días después Delfina junto a los principales líderes obreros realizaban una enorme manifestación con asistencia de los mineros de los distintos pueblos de la región. Sus discursos eran verdaderas arengas en la lucha…

En palabras del redactor del diario de la FOCH, Enrique Vera Díaz, "ella durante la huelga estremecía de entusiasmo a los mineros, ella alentaba a los desanimados, ella entusiasmaba a los espíritus titubeantes"; "cada discurso suyo era una espléndida lección de energía"; "nunca, mujer alguna en nuestro país, había demostrado un carácter tan definido y un espíritu tan fuerte".

Según se señalaba en el mismo órgano, Delfina participó en la huelga grande del año 20' en la zona del carbón, dejando recuerdos

imborrables. Habiendo rodeado la Compañía Carbonífera de militares, las minas y recintos de trabajo, se hacía imposible penetrar y mantener comunicados a los obreros, ofreciéndose esta valerosa mujer junto a Carmen Serrano a realizar una misión que parecía imposible. De Delfina, recordaría Enrique Vera Díaz: “iba de un campamento a otro, unas veces disfrazada de jinete otras de vendedora ambulante, llevando los mensajes del Comité de huelga”. A tal grado llegó su acción agitativa en la zona, que la Compañía carbonífera, durante la huelga, “ofreció 5 mil pesos por su cabeza”.

“Su vida, rica en emociones, y llena de hechos admirables quedará en la mente de todos, como un ejemplo digno de ser admirado por las presentes y venideras generaciones”.

Como las Compañías habían desalojado a muchas familias obreras de las casas que habitaban, tuvieron que instalar un gran campamento en Playa Blanca y construir viviendas improvisadas a base de palos y ramas del bosque cercano. Funcionaba una olla común y la solidaridad de clase se expresaba de diversas maneras.

Allí encontramos nuevamente a Delfina González, Carmen Serrano, María Ferrada y Orfelia Díaz entre otras, manteniendo firmes las convicciones, animando a las masas oprimidas, enseñándoles a leer y escribir a niños, niñas y adultos y adultas, enseñándoles a cantar, a hablar. Formaban “extraños cuartetos de disimiles voces”, juntando a mujeres y hombres de todas las edades para escuchar sus canciones de combate que en otros lugares del país, también se cantaban con la misma voluntad y esperanza. “El Canto a la Pampa” de Francisco Pezoa, “Cuando llegan las noches de invierno” o “El Mitin” del mismo autor, se mezclaban con himnos obreros internacionales como “Hijos del Pueblo” o “La Internacional”.

Presente estaba también Carmen Serrano, “demostrándoles que en la vida se pueden buscar caminos que permiten hacerla menos dura y más

bella", por eso ella con el fondo musical que en sinfonías infinitas le daba el océano, les hacía escuchar las más hermosas composiciones obreras de Pezoa, Alejandro Sux, Víctor Domingo Silva, entre otros.

En los recuerdos del obrero Pedreros, en una de estas ocasiones, Delfina, después de concluir la interpretación del "Himno Social Obrero", y luego de "darles un momento de descanso a tan heterogéneo como entusiasta coro, les habría dicho a las familias reunidas: "ahora compañeritas y compañeros vamos a ensayar esa triste y bonita canción que recuerda una de las más horrendas masacres de trabajadores ocurrida el 21 diciembre en Iquique, en la Escuela Santa María". En esa ocasión, habría dicho Delfina, "los trabajadores del salitre, igual que uds ahora, iniciaron una huelga para mejorar sus condiciones económicas y, como siempre, el Gobierno al servicio de los intereses extranjeros, puso al servicio de esos intereses las fuerzas armadas las que al mando del general Silva Renard, cubrió de espato y luto al país. Vamos a entonar entonces "Canto a la pampa" y empieza tristemente la canción…"

Todas estas actividades recibieron de Delfina González la cuota inagotable de su entusiasmo y de su esperanza en los destinos de su clase. A pesar de que ya comenzaba a manifestarse en su cuerpo las huellas de una bronconeumonía producto de una vida de lucha, cárceles y fríos inauditos, cuando sus compañeros y compañeras quisieron llevarla a Concepción o Talcahuano, donde familiares, amigos o amigas, ella se rehusó a partir de Playa Blanca, y resistió en la huelga hasta lograr el triunfo.

Al terminar ésta, volvió a Talcahuano a proseguir su tarea de organización, surgiendo el Consejo Femenino N° 1 de dicha ciudad, a cuyo acto habrían concurrido "más de 100 compañeras" que eligió a Delfina González como su presidenta.

Al poco tiempo ya estaba en una nueva gira de propaganda por los pueblos del sur, realizando una labor pionera en el ámbito

organizacional, tal cual se señalaba en un artículo aparecido en Adelante: “Después de una prolongada gira por los pueblos de Mulchén y Los Ángeles ha regresado a este puerto la activa e inteligente compañera Delfina González, secretaria del Consejo Femenino Nº 1 de Talcahuano.”

Su regreso se efectuó por el Valdiviano del viernes último siendo esperada en la Estación de los ferrocarriles por decenas de niños, niñas y jóvenes del Centro de Estudios Sociales Arte y Emancipación, de cuyo cuadro artístico es Directora.

En su gira por los pueblos mencionados, esta activa obrera logró fundar dos Consejos Federales, institución desconocida por esos pueblos y que mediante la inteligente acción de esta esforzada propagandista ha logrado hacerse conocer y no sólo de nombre, sino que también dentro de poco podrá apreciar sus beneficios, quienes se han apresurado en entrar a sus filas. Así por ejemplo en Mulchén ha logrado dejar constituido un Consejo que cuenta ya con más de 50 federados (…) Fundó también en ese pueblo un Centro de Estudios Sociales, el que quedó constituido de la siguiente forma (…) En Los Ángeles fundó también la compañera un Consejo Mixto, siendo ayudada por varios dirigentes demócratas, tal cual que en Mulchén. Materia de un largo artículo sería reseñar aquí la obra de esta compañera en tan pocos días.”

Pero para entonces ya la bronconeumonía que había contraído en los difíciles días de la huelga y que pasaron junto con las familias de los mineros de Playa Blanca, fueron minando su débil contextura física, desarrollándose una tuberculosis incipiente, pero ella rebelde como era, aún con su propia salud, no quería aceptar los cuidados que sus compañeros querían brindarle y su salud se iba resintiendo cada día más. Terminada la IV Convención de la FOCH, a la que ella concurrió, en representación del Sindicato Femenino N° 1 de Talcahuano.

Su enfermedad comenzó entonces a tomar un ritmo más acelerado, las trasnochadas por concurrir a las sesiones de la Convención Obrera, que

se alargaba en frías amanecidas fueron conspirando contras sus reservas de salud; al regreso de este torneo obrero a Talcahuano, quienes eran sus compañeros y compañeras de entonces ya no podían ocultar la angustia de un desenlace fatal.

Por eso, según los recuerdos de Guillermo Pedreros, al producirse de nuevo, a principios de 1922, otra huelga de los carboníferos, “hubo de recurrirse a todos los medios para impedirle que fuera a actuar como en la anterior”. Sin embargo, todas las medidas que se tomaron para hacerla recuperar la salud fueron en vano. Su enfermedad había entrado en el periodo de lo irrecuperable, y de nada le valieron los cuidados que su familia, compañeros y compañeras le prodigaron. De este modo, un día de junio de 1922 murió en medio de la desesperación de sus familiares, compañeras y compañeros. Profunda fue la consternación que produjo su muerte entre los que le conocieron en vida y admiraron todas sus dotes de mujer ejemplar, pero indudablemente, donde más fuerte golpeó la noticia de su deceso, fue en la zona del carbón, donde “hombres y mujeres la lloraron como si se tratara de uno más de sus parientes cercanos”, señala el mismo Pedreros.

Sus restos fueron trasladados desde la casa habitación de su hermano, donde murió, al local de los Trabajadores Marítimos que éstos tenían en la calle Serrano, Talcahuano, allí se erigió una capilla ardiente, rodeada con los rojos estandartes de todos los Consejos Federales del puerto, como los de la región del carbón, con negros crespones; junto a estas insignias sociales, una profusión de coronas de rojas flores cubrían el féretro de tan magnífica luchadora.

Desde Lota, Coronel, Curanilahue, Lirquén llegaron comisiones obreras a darle la última despedida a la conductora de sus luchas y sus victorias, a aquella mujer espléndida y sencilla que les había enseñado que la vida tenía otros caminos para alcanzar la redención de su clase.

Por eso, porque no habían olvidado sus enseñanzas allí estaban haciendo guardia alrededor de su féretro, cantando de intervalo a intervalo las canciones de combate que ella les enseñó.

El cortejo se movilizó desde el local de los marítimos, en calle Serrano, doblando por calle Colón hasta Bilbao desde donde se dirigieron al recinto del Cementerio N° 2. En el trayecto, además de una banda de músicos venida de Coronel que ejecutaba sentidas marchas fúnebres, un Coro de los trabajadores del Carbón iban cantando pausadamente la canción preferida de Delfina González:

*Hijos del pueblo*

*Te oprimen cadenas…*

En el cementerio, luego de hacer los trámites pertinentes en las oficinas de registro, la caravana se trasladó al lugar definitivo; frente al que sería su lugar de descanso varios oradores hicieron uso de la palabra "haciendo esfuerzos inauditos para conservar la serenidad y no ser interrumpido por el llanto"; hablaron varios oradores, 8 o 10, todos destacando quién había sido en vida aquella mujer que despedían. Hasta que al fin llegó el doloroso momento del adiós definitivo, momento en el cual algunos obreros tomaron el ataúd para depositarlo en el lugar final. Tremenda emoción, de aquella "que suprime en los hombres la vergüenza de llorar, llanto que moja las mejillas de todos cuantos rodean el ataúd", mientras en medio de profundos sollozos se alzaba la voz del Coro, que ahora no era sólo de los mineros, sino que todos cantando los sentidos versos del Canto a la Pampa, de Pezoa:

"Nunca he visto una expresión de dolor tan profunda expresada en los trabajadores de la región", diría el obrero Guillermo Pedreros.

Fotografía a Delfina González, Periódico El Soviet, del 15 de Julio de 1922, rescatada por Manuel Lagos Mieres.